

Armando Cassigoli

Día de muertos

La De Las Faldas De Serpiente está arriba y hay que subir los trece escalones hacia el norte, hacia el Noveno Señor Negro, con el cuchillo de pedernal dispuesto para la ceremonia. El sacerdote, el señor tlateochihualli asciende con actitud mayestática, acentuada por el atuendo ritual. Los caballeros-aguilas y los caballeros-tigres forman fila en la terraza, espectadores. El sol reina en el cenit. En la cima del terraplén piramidal, Ixxotxic yace con serenidad, sin temor, a sabiendas que en el país de los muertos tendrá la dignidad del sacrificado; y que allá, en el tiempo sin tiempo, habrá un vivir de flor y canto, y que sus descendientes se acordarán con orgullo de este año Nueve-Conejo en que su corazón, duro en las batallas, salió a la luz del sol como un trofeo y una ofrenda.

Abre los ojos, siente el olor penetrante de los



medicamentos y ve desfilar a los enfermeros trasnochados, y oye los gritos e instrucciones del joven oficial del regimiento Tacna solicitando plasma y apúrense mierdas que hay que hacer urgente una transfusión y a estos chuchas de su madre, a los civiles, que se pudran solos. Ya no siente el dolor en la pierna porque parece que el torniquete se la dejó adormecida. Y ya van dos días, hoy trece de septiembre van dos días de la herida y de escuchar cómo los otros disparaban desde el techo de la industria, cuidando las pocas balas y comiendo solamente pan duro y te caliente, antes de que les cortaran el agua, mientras él estaba echado en el sofá de la oficina, sin poder moverse, sin poder participar, arropado con la manta de castilla, con un frío que lo hacía estremecer, con unas tremendas ganas de tomarse un trago de pisco y luego dormir, dormir mucho para luego despertar en una reunión junto a los otros compañeros y que todo hubiera sido un sueño. O por lo menos seguir luchando y vencer en la batalla, compañeros, con las banderas en alto como en las películas, porque es mejor la guerra a la masacre. Y la voz del padre, hacía mucho, cuando ingresó a la Juventud, esto no es para ti porque tendrás que ser un hombre serio para que ayudes a los chicos, que tú eres un sentimental y no un político, y acuérdate que en esto de la política siempre hay alguien que se queda con la plata. Los enfermeros, los de blanco, no están ni serios, ni tristes ni alegres ni nada. Carajo, esto es la mierda y parece que me estoy hundiendo en ella.

Pusieron al ataúd, el cajón de muerto, en el kiosko manito, ya lo pusieron ahorita en medio de la plaza, aquí en medio del pueblo, ahí al lado de la iglesia y ya lo empezaron a vestir. Aquí lo visten apurados, sin darse tiempo, ni siquiera pueden entretenerse los curiosos. Vea usted, displicentes, ése es una cadáver para dar risa, véale su cara cómica, los dientes salidos, los huesos amarillos. Un muerto es cosa seria, yo le habría puesto un traje negro y corbata de casamiento y mancuernas de oropel. Después llegó la anciana y lo peinó y le recortó el bigote, el bigote de muerto, mientras los demás vestidores comían morado dulce de muerto, y las viejas tostado pan de muerto, ahí, junto al féretro iluminado por cirios de muerto, en medio de la plaza arbolada de Mizquic, al lado de la iglesia, es decir del cementerio parroquial, anocheciendo, en fúnebre espera y luctuoso ritual.

El otro, el gordo, el joven, el con cara de mapuche, el de la chomba raída no abre los ojos y se queja como un niño que simula o se inventa un sufrimiento para ser acariciado antes de dormir. La frazada hospitalaria, dura de sangre seca, le cubre todo el lado izquierdo. Su llanto quejido es una cantinela que lo mantiene hipnotizado por momentos. Se va llenando la estrecha sala de gente moribunda, de muertos que parecen dormir y dormidos que parecen muertos y de gritones y llorosos y

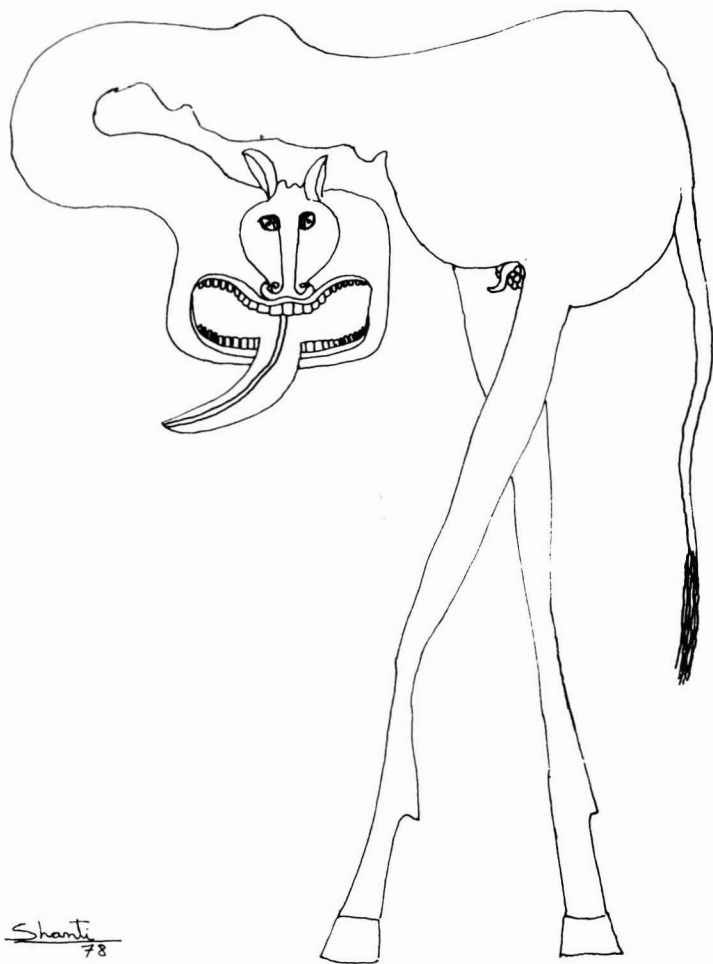
bofetadas del joven oficial del regimiento Tacna a los que no callan o a los que callan para ver si viven, mezclado con el dónde chuchas metieron el plasma y quién mierda escondió la sangre, y llamen al hospital de carabineros o al de la fuerza aérea, para eso están los teléfonos y díganles que uno no es ni dios ni vampiro para tener tanta sangre almacenada y a los muertos me los retiran inmediatamente porque ya no va quedando espacio, y ¡quíteles los documentos, soldado! , y soy yo quien manda aquí y al que no le guste lo mando a fusilar porque estamos en guerra.

Ixxoxtic abre sus ojos e infla el pecho. Pone en tensión su perfecta musculatura y mira al sol, apenas entrecerrando los ojos, cara a cara, celebrando el pacto supremo tantas veces celebrado, y comprendiendo recién ese tácito entendimiento que

es entrega. El tlateochihualli se coloca grave a su izquierda, frente a las regiones del Tezcatlipoca boreal, señor del frío y del tigre de la noche, majestuoso, solemne, iluminado en su apoteosis. Alza el arma de punta foliácea entre las manos y el astro corta su luz en fieros resplandores. Empieza el canto introductorio a la región de los muertos, al reino de las calaveras que rielan por el cielo y duermen en las grutas. Los caballeros-tigres ya sienten debajo de la piel el hormigueo, la sensación mágica de orgullo y de total participación. La piedra mortal de irregular pulido es levantada por segunda vez y los rayos que brotan de su filo iluminan los tejidos de pluma y los adornos de obsidiana y malaquita. El sol, todavía en el cenit, espera ser saciado para retomar de nuevo al otro día, cuando lo llamen otra vez a transitar, del rojo al blanco, del levante hacia el poniente con su traje de fuego y de luz que enceguecen.

El otro, el joven de rostro araucano calma su letanía, enmudece y abre los ojos. Se miran. ¿El hombro, compadre? Sí, me lo quebraron, y a usted. La pierna, un balazo, compadrito, pero por lo menos no me duele. Un enfermero entra apresurado con sábanas y toallas casi limpias. ¡No atendai más el teléfono, crestón, que lo atiendan los milicos, que ellos pidan plasma y sangre a los cuarteles o a la cruz roja. No te metai en lo que no te importa, donde no te llaman, no seai huevoñ! ¿No ves que por cualquier lesera te mandan un chancacazo y te dejan listo para el patio de los callados; no sea gil compadrito y hágase el de las chacras; en estos casos, hacerse el huevón es mejor que andar en auto. El ya no siente dolor en la pierna, solamente un calorillo cercano a la rodilla, como si estuviese orinando en el muslo, como un calambre suave. ¿Y cómo le quebraron el hombro, compañero? A culatazos, todo el brazo, virgen santísima, quién me mandó venirme a Santiago. Pero dicen que en provincia la cosa está peor, los cuarteles llenos de presos, a los muertos los lanzan a los ríos. Benhaiga diosito santo, lo sin madre que se han vuelto. Sangre, sangre y plasma mierdas, que hay dos conscriptos que se nos mueren y llegaron dos más de la fuerza aérea y de aquí en adelante no me atiende usted a ningún civil, ¡hasta nueva orden!

Aquí en el mero Mizquic, don Ponciano, anda mal el negocio y tendré que irme con todas las calaveras, porque los chavos ya no compran calaveras ni muertos ni ataúdes ni difuntos porque ahora diz que Jalogüín está en la onda. Véalo usted, vea a estos escuincles malinchistas, una pinche fiesta gringa les hace olvidar la patria en que nacieron, véalos usted, después crecen, se van al norte, cruzan la frontera, los juanes se cambian el nombre y se llaman yonis. Pos que si les gusta, que se vayan a chingar a otra parte, don Ponciano, con su güisqui, con su vodca y con su Jalogüín, lo que es a mí, don Ponciano, me quedo con mi tequila o mi mezcal



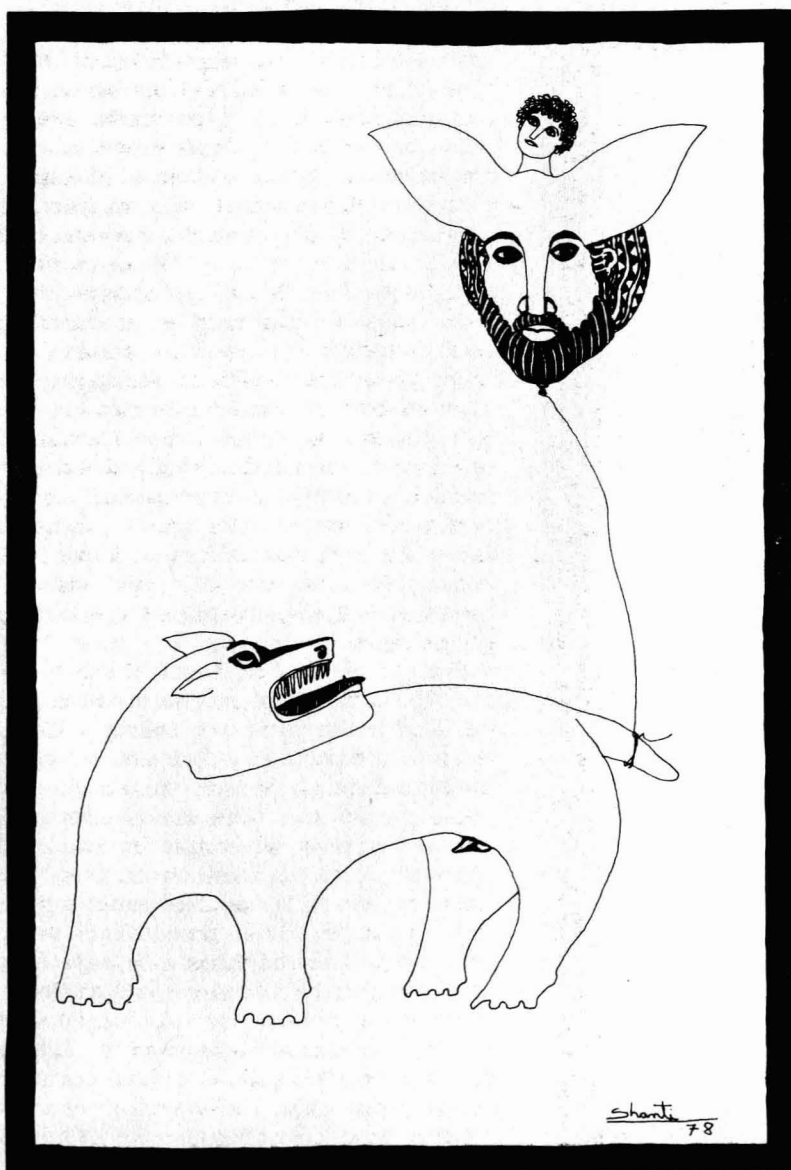
oaxaqueño de mero Mitla, y con mis muertos, mis difuntos, mis calaveras que son retemías y los chavos que están en onda que se queden con sus chingaderas. Y si acá no tenemos ni un traguito de tequila ni mezcal, pos ni modo pero tenemos nuestros muertos, don Ponciano, y nuestras calaveras, y con nuestros muertos no se juega, don Ponciano, no se juega.

Además, a los muertos civiles hay que quitarles la documentación y luego ¡al suelo! A las bajas militares en esas bolsas plásticas y con esas etiquetas con todos sus datos. Un enfermero de blanco, de blanco con manchas, con manchitas y manchones rojos enciende un cigarrillo casi deshecho. Otro echa alcohol en un pañuelo a cuadros, es por el olor, sabes. Yo no conocía el olor a muertos, a pesar de que ya va para el año y medio que trabajo aquí, desde el verano de mil novecientos setenta y

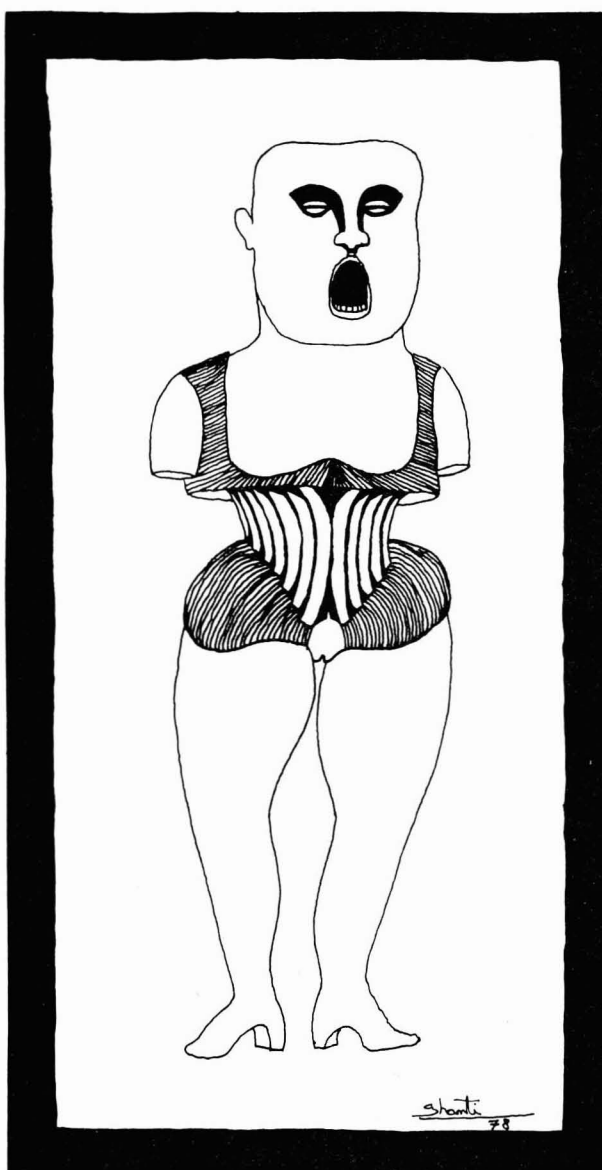
dos precisamente, en que entré a hacer un reemplazo y me quedé, porque antes yo estudiaba, es decir trabajaba aprendiendo para practicante con un señor que tenía una clínica para inyecciones y venéreas. El joven con rostro mapuche solloza en seco, moviendo los hombros, el hombro herido y el otro, esperando desesperanzado que lo atiendan, que le corten la hemorragia que brota a ratos y que lo dejen irse tranquilo con su miedo y con su pena. Y la sangre sigue siendo escasa y el teléfono no deja de sonar y el joven oficial sigue gritando y los disparos se oyen por el Cerro Blanco y por el Cerro San Cristóbal o por Conchalí. ¡Hasta cuando!, piensa el obrero, olvidándose de su pierna rota. ¡Hasta nueva orden!, vocifera el joven oficial, respondiendo a todas las preguntas, a todas las inquietudes, a todas las posibles interrogantes.

El señor tlatochihualli mete mano en su morral emplumado donde el ave se agita, la coje por el cuello y la coloca sobre el pecho poderoso de Ixxotíc que apenas respira. El aguilucho, aleteando con desesperación clava sus garras sobre la carne del guerrero quien no evidencia ni el más ligero rictus. Entonces el sacerdote hunde el tecpatl en el cuello del pájaro y la sangre se derrama por pequeños surtidores sobre el tórax enhiesto del joven iniciado. El aguilucho ensangrentado y ya sin vida, es decir el corazón emplumado del reciente caballero águila es mostrado brillante, ante la luz del sol, al resto de los guerreros. Estalla un grito al unísono y ritual, los tambores percuten los oídos de la multitud, las flautas y los tamboriles se suman al regocijo. Ixxotíc se pone de pie, recién nacido. Dos mozas le encasquetan el atuendo de plumas, el manto emplumado, que oculta los rastros sanguinolentos de su pecho. El joven teniente es recostado sobre la mesa, con su uniforme caqui ensangrentado y sobre una sábana limpia. El médico, tijera en mano va rasgando la tela con un ruido agradable para quien no ve las costras recién secas y el brillo de los coágulos y la mueca de su rostro de niño acobardado por el violento juego, ni el odio febril en sus ojos infantiles. El obrero de la pierna balaceada y el gordo del hombro quebrado bajan los ojos, sintiéndose culpables de que los vayan a encontrar culpables. Los enfermeros callan temerosos, advirtiendo de pronto que las manos les sobran y que algún detalle puede delatar en ellos el asco y el espanto. Quiero inmediatamente aquí dos enfermeras porque hay que operar de inmediato; así que cierran las puertas, que no entre nadie y consíganse como puedan sangre y plasma y oxígeno y un instrumental limpio, he dicho limpio, es orden mía y el chuchas de su madre que no cumpla será pasado por las armas, ¿está claro?, ¡Y apúrense!

Refugio va colocando las flores, siguiendo los contornos del sepulcro, va colocando las flores amarillas, las flores verdaderas que coronan a la tumba por arriba de una cruz dorado ceniciento.



Las flores de papel son para el medio, para el rojo, el blanco y el verde de la bandera; para el rosa y el negro de la calavera. Con el aserrín coloreado habrá que hacer los fondos y las separaciones. Merenciana entretanto lanza los pedazos de masa palmeada al comalito hirviendo y luego en la tortilla coloca los huitlacoques azabache y las rajas del rojo chile muy picoso; prepara una segunda tortilla con frijoles que Refugio devora en silencio, encucillado. La vieja tumba paterna comienza a vivir en los colores y en las formas que las sabias manos de Refugio saben dar. Todo el cementerio pueblerino empieza ahora a tintinear de colores, a amanecer de colorido y colorinche, entre el humito de los fuegos y el vaho del aceite en los comales y el olor de los antojos aprisionados en tortillas de maíz y las aguas frescas y el tepache y el pulque y las cervezas, en tanto allá



en la plaza del pueblo, los turistas disparan sus máquinas de fotografía sobre el muerto del kiosko y el cementerio de la iglesia aledaña. Refugio termina su plástica faena, porque este dos de noviembre los muertos han de querer flores, y canto, y el amado recuerdo de los vivos, de los que vinieron después y de los que seguirán viniendo en las familias y en el pueblo.

Los cuerpos se desplazan a la marcha, los pasos se aceleran con rapidez castrense, expulsan a dos heridos de sus sillas y se improvisa el quirófano con pericia. En un maletín traen una caja de campaña con impecable instrumental quirúrgico. Dos enfermeras como palomas asépticas aparecen de repente. Cuatro soldados colocan junto a la mesa un balón de oxígeno más parecido a una bala de cañón. Cables eléctricos se van engarzando unos a otros y hay una luz de día claro. Pero no hay sangre, doctor, hemos llamado a todas partes, hemos pedido, hemos mandado buscar y hasta ahora... ¡Pero cómo chuchas no hay sangre, mierdas! Este es un oficial y tiene prioridad absoluta, así es que me la consiguen como sea. No hay sangre, ustedes dicen que no hay sangre, inútiles de mierda, cómo que no hay sangre, ahí tienen, ahí tienen la sangre que se necesita, vocifera señalando al joven gordo con cara de mapuche, al de la chomba raída que empieza a llorar como un infante y que reza atropelladamente santa María madre de dios ruega por nosotros, santa María madre de dios ruega por nosotros. Ante la orden indiscutible del médico militar y frente a cuatro soldados con fusiles ametralladoras, los enfermeros amarran al muchacho, le rasgan la manga del lado derecho, en el brazo ligado ubican el vaso sanguíneo y le introducen la poderosa aguja. El muchacho siente que es imposible luchar y se entrega. Su rostro, antes azul se vuelve celeste, blanco céreo; el cuerpo se vacía lentamente, muy lentamente; ya no gime ni se agita; sus ojos y sus labios secos indican que, al parecer, ya no hay más sangre que sacarle a ese cuerpo.

Ixxoxtic, el Caballero-Aguila, el muerto y renacido cuyo corazón de plumas fue ofrendado al sol, de pie frente al sur, es un ave majestuosa dispuesta al vuelo. Cuando se han ido los últimos vendedores, los barrenderos de Mizquic empiezan a limpiar la plaza de tarros de cerveza, papeles pringosos, envoltorios y cáscaras de frutas. Ixxoxtic contempla cómo el sol se va hacia un ocaso de nubes y arboles de fuego. Casi al amanecer la plaza esta vacía, y limpia, poco antes de que suenen las campanas de la iglesia llamando a la oración primera. El joven teniente herido se recupera luego de la transfusión; regresan los colores a su rostro, y vuelve a bajar los párpados con somnolencia. ¡Y dicen que no había sangre! , repite el cirujano militar con voz queda, que no había. ¡Y enciende un cigarrillo para relajar la tensión de ejercer su profesión de médico, la tensión de aquellos días tan intensos. . .!